

—Señor Rockstrong—dijo mi buen maestro—, vamos á beber un jarro de vino á *El Joven Baco* y allí os explicaré, vaciando mi vaso, por qué soy indiferente á la forma de Gobierno y por qué razón no me preocupa cambiar de señor.

—Con mucho gusto—dijo el señor Rockstrong—tengo deseos de brindar con un razonador como vos.

Y saltando al suelo desde lo alto de la escalera se encaminó con nosotros á la taberna.

XV

LOS GOLPES DE ESTADO

El señor Rockstrong, que era un hombre de talento, no guardó rencor á mi buen maestro por su sinceridad. Cuando el dueño de *El Joven Baco* hubo servido un buen jarro de vino, el libelista levantó el vaso brindando por el señor abate Coignard, á quien llamó con aspecto jovial bribón, amigo de los bandidos, sostén de la tiranía y de la vieja canalla.

Mi buen maestro le devolvió la galantería con gusto felicitándole por beber á la salud de un hombre cuyo humor natural no había sido alterado nunca por la filosofía.

—Comprendo—añadió—que he desgastado mucho mi espíritu con la reflexión. Y como no es propio de la naturaleza humana pensar con alguna serenidad, confieso que mi inclinación á meditar es una manía extraña y muy incómoda. Primeramente, me incapacita para toda empresa,

pues sólo se acentúa con estrechas miras y pensamientos limitados. Os admiraríais, señor Rockstrong, si os imaginarais la pobre sencillez de los genios que han transformado el mundo. Los conquistadores y los hombres de Estado que han cambiado la faz de la tierra, no han reflexionado nunca acerca del alma de los seres que manejaban sin compasión. Se encerraban por completo en la pequeñez de sus grandes planes, y los más sabios abarcaban de una vez muy reducidos objetos. Tal y como me veis, señor Rochstrong, me sería imposible trabajar en la conquista de las Indias como Alejandro, ni fundar y gobernar un imperio, ni siquiera lanzarme á una de esas grandes empresas que tientan el orgullo de un alma impetuosa. La reflexión me estorbaría desde el primer instante, y á cada uno de mis movimientos, hallaría razones para detenerme.

Luego, volviéndose hacia mí, dijo suspirando mi buen maestro:

—La reflexión es una dolencia maligna. Dios os preserve de ella. Dalevuelta, hijo mío, como ha preservado á sus grandes santos y á las almas piadosas elegidas por él con una delectación especial y reservadas á la gloria eterna. Los hombres que piensan poco ó que no piensan nada,

consiguen un éxito feliz en sus negocios de este mundo y del otro, mientras que los reflexivos están amenazados sin cesar de perderse temporal y eternamente; tanta es la malicia que encierra el pensamiento. Estremeceos al considerar, hijo mío, que la serpiente del *Génesis* es el más antiguo de los filósofos y su príncipe eterno.

El señor abate Coignard, después de beber un trago de vino, prosiguió en voz baja:

—Por lo que se refiere á mi salvación, no me ha preocupado nunca. No he aplicado mis razonamientos á las verdades de la fe. Desgraciadamente he meditado los actos de los hombres y las costumbres de las ciudades, por lo cual no soy digno de gobernar una ínsula como Sancho Panza.

—Felizmente —repuso el señor Rochstrong riendo—, porque vuestra isla sería el refugio de bandidos y de malandrines, donde los criminales juzgarían á los inocentes, en el caso de que los hubiera.

—Lo creo, señor Rockstrong, lo creo —replicó mi buen maestro—. Es probable que si yo gobernara otra ínsula Barataria, sucedería lo que decís. Habéis descrito en un rasgo todos los imperios del mundo. Comprendo que el mío no sería mejor que los otros. No me hago ilusiones respec-

to á los hombres, y los desprecio por no aborrecerlos. Sí, señor Rockstrong: los desprecio cariñosamente. Pero no me lo agradecen; quieren ser odiados. Se enfadan cuando se les demuestra el más dulce, el más gracioso, el más indulgente, el más caritativo, el más humano de los sentimientos que pueden inspirar: el desprecio. Sin embargo, el desprecio mutuo es la paz de la tierra, y si los hombres se despreciaran sinceramente entre sí, no se perjudicarían y vivirían con apacible tranquilidad. Todos los males de las sociedades cultas provienen de que los ciudadanos se estiman con exceso, y de que exaltan el honor como un monstruo sobre las miserias de la carne y del espíritu. Este sentimiento les hace ser orgullosos y crueles. Aborrezco el orgullo que nos aconseja honrarnos á nosotros mismos y honrar al prójimo, como si alguien de la posteridad de Adán pudiera ser digno de alabanzas. Un animal que come, bebe (dadme de beber) y que ama, es digno de lástima, interesante quizá, y agradable á veces. Sólo es honrado por efecto del prejuicio más absurdo y más feroz. Este prejuicio es la fuente de todos los males que sufrimos. Es una detestable especie de idolatría; y para asegurar á los humanos una existencia llevadera, sería preciso

recordarles su natural humildad. Serán felices cuando, conducidos al verdadero conocimiento de su condición, se despreciarán los unos á los otros, sin que ninguno sea exceptuado en tan excelente desprecio.

El señor Rockstrong se encogió de hombros.

—Señor abate—dijo—, sois un cochino.

—Es favor—respondió mi buen maestro—: sólo soy un hombre, y siento en mí los gérmenes de la torpe arrogancia que detesto, y de la soberbia que impulsa á la raza humana á los duelos y á las guerras. Hay momentos, señor Rockstrong, en que me dejaría cortar el pescuezo en defensa de mis opiniones; lo cual sería una locura, porque, al cabo, ¿quién me abona que mis razonamientos superen á los vuestros, indudablemente lastimosos? Dadme de beber.

El señor Rockstrong llenó amablemente el vaso de mi buen maestro.

—Abate—le dijo—, no estáis en vuestro juicio, pero os estimo y quisiera saber qué reprocháis en mi conducta pública y por qué me combatís, aceptando en esto el partido de los tiranos, de los hipócritas, de los ladrones y de los jueces prevaricadores.

—Señor Rockstrong—respondió mi buen maes-

tro—, permitidme que ante todo derrame con indiferencia clemente sobre vos, sobre vuestros amigos y sobre vuestros enemigos ese sentimiento dan dulce que, dando fin á las querellas, nos tranquiliza. Permitidme que no estime bastante ni á unos ni á otros para designarles á la vindicta de las leyes y atraer suplicios sobre sus cabezas. Los hombres, hagan lo que hagan, son siempre unos inocentes, sin exceptuar al milord canciller que condenó vuestras declamaciones acerca de los crímenes de Estado imitadas de Cicerón. Soy poco aficionado á las catilinarias, procedan de donde procedan. Pero me apena ver que un hombre como vos se ocupe de cambiar la forma de Gobierno. Es la ocupación más vana y más frívola á que puede dedicarse el entendimiento. Proceder contra los que nos gobiernan, es una simpleza, cuando no es un recurso para medrar ó para vivir. Dadme vino. Considerad, señor Rockstrong, que esos cambios bruscos de Estado que meditáis, son sencillamente cambios de hombres, y que los hombres, en general, son todos lo mismo, igualmente vulgares en el mal y en el bien; de modo que reemplazar doscientos ó trescientos ministros, gobernadores de provincias, agentes, fiscales ó presidentes, por otros

doscientos ó trescientos, es no hacer nada; es limitarse á poner á Felipe y Bernabé en lugar de Pablo y de Javier. En cuanto á cambiar la condición de las personas como vos pretendéis, es imposible, pues esa condición no depende de los ministros, que no son nada, sino de la tierra, de sus frutos, de la industria, de los negocios, de las riquezas reunidas durante el imperio, del arte de los ciudadanos en el tráfico y en el cambio: cosas todas que, buenas ó malas, no dependen ni del príncipe ni de los oficiales de la corona.

El señor Rockstrong interrumpió vivamente á mi maestro:

—¿Quién no se hace cargo, abate—exclamó—, de que el estado de la industria y del comercio dependen del Gobierno, y sólo hay buena administración en un gobierno libre?

—La libertad—repuso el señor abate Coignard—es efecto de la riqueza de los ciudadanos, que se hacen independientes cuando son bastante poderosos para ser libres. Los pueblos se toman todas las libertades de que pueden disfrutar, ó, mejor dicho, reclaman imperiosamente instituciones y garantías para los derechos que con su industria han adquirido.

» Toda la libertad proviene de ellos y de sus

propios movimientos. Sus ademanes más instintivos alargan la red del Estado que se forma sobre ellos. Así, podrá decirse que, por muy detestable que sea la tiranía, es necesaria, y que los gobiernos despóticos son la envoltura de un cuerpo imbécil y esmirriado. ¿Quién no sabe que las apariencias del Gobierno son como la piel que muestra la estructura de los animales sin influir en ella?

»Os fijáis en la piel sin interesaros en las vísceras, con lo que demostráis, señor Rockstrong, poca filosofía natural.

—¿De modo que no hacéis distinción entre un Estado libre y un Gobierno tiránico, y todo eso para vos, abate, es como el pellejo del animal? ¿No comprendéis que los derroches del príncipe y las malversaciones de los ministros pueden, aumentando los gastos, arruinar la agricultura y hacer imposible cualquier negocio?

—Señor Rotckstrong: hay únicamente, para un tiempo dado, en un país, un solo Gobierno posible, como un animal sólo puede cubrirse con un pellejo. De lo que resulta que debemos dejar al tiempo, que es galante, como dijo el otro, el cuidado de variar los imperios y rehacer las leyes. Trabaja con una lentitud infatigable y clemente.

—¿Y no creéis, señor abate, que es preciso ayudar al anciano que representan en los relojes empuñando una hoz? ¿No creéis que una revolución como la de Inglaterra y la de los Países Bajos, produzca algún efecto en el estado de los pueblos? ¿No? Merecéis, viejo loco, que os pongan el gorro verde.

—Las revoluciones—replicó mi buen maestro—se producen para conservar los bienes adquiridos y no para ganar otros nuevos. La locura de las naciones y la vuestra, señor Rockstrong, consiste en fundar grandes esperanzas en la caída de los príncipes. Los pueblos, sublevándose, se aseguran de vez en cuando la conservación de sus privilegios amenazados. Por ese procedimiento no adquirirán nunca privilegios nuevos; pero se contentan con palabras. Es curioso, señor Rockstrong, que los hombres se dejen matar fácilmente por una frase que no tienen sentido. Ajax hizo ya esta observación: «Creía yo en mi juventud—le hace decir el poeta—que la acción era más poderosa que la palabra; pero hoy observo que la palabra es más poderosa». Así hablaba Ajax, hijo de Oílee. Señor Rockstrong: tengo mucha sed.